

Apuntes sobre la violencia contemporánea

Julián Mónaco y Alejandro Pisera

"Las artes, las ciencias y la filosofía tienen por delante una tarea esquivada: abrir grietas en la seguridad de lo ya pensado y atreverse a imaginar nuevas preguntas. La verdad, al fin y al cabo, no es más que "una especie de error que tiene a su favor el hecho de no poder ser refutada -como apuntó Michel Foucault parafraseando a Nietzsche- porque la lenta cocción de la historia la ha hecho inalterable". De las verdades consideradas eternas y universales, o de aquellas otras verdades efímeras constantemente exhaladas por los medios de comunicación, conviene desconfiar: hacer como si nada fuese evidente y ensayar nuevas refutaciones o provocaciones".
Paula Sibilía, *El hombre postorgánico*.

I

Este es un ensayo sobre la violencia contemporánea. Lo que sigue son algunas posibles líneas de ingreso, perspectivas, problemáticas desde las cuales abordarla. El puntapié inicial de este trabajo es nuestra propia incompreensión respecto del fenómeno en sí; pero también el evidente y sistemático fracaso de las políticas públicas. Entendemos que ese fracaso es consecuencia, asimismo, de la propia incompreensión de la que es presa el Estado y la sociedad en general.

Quisiéramos comenzar el viaje intentando sacarnos de encima una serie de ropajes: la lectura de la violencia en clave de mal, la lectura de la violencia como fenómeno excepcional, la interpretación en clave de irracionalidad, el iluminismo y su "metafísica binarista", como dice Aníbal Ford en algún lugar. Esto implica,

evidentemente, hacer violencia contra las categorías políticas, sociales y culturales del paradigma moderno.

Quisiéramos, también, poder formularle a nuestro problema nuevas preguntas, que salgan desde otros lugares. Tenemos para nosotros la intuición de que buena parte de la incomprensión general es producto de que no se enfoca el problema con las preguntas correctas. Las preguntas, lo sabemos, pueden tener un gran poder coercitivo, delimitando las respuestas y orientando nuestra búsqueda a lo ya conocido. Sin embargo pueden ser, algunas veces, el arma para la emancipación, abriendo todo un territorio nuevo, inexplorado hasta entonces.

Nuestro punto de partida es una reflexión en torno a la pregunta “Qué hacer con la violencia”, toda vez que esta aparece en la boca de los medios masivos de comunicación. Partimos de la hipótesis de que en esa pregunta aparecen, subyaciendo, supuestos equivocados respecto de la sociedad en donde esa violencia es. Contra esos supuestos, he aquí un ensayo de respuesta.

Lo que nos proponemos es reponer una nueva pregunta o en su defecto redefinir los supuestos que subyacen a la primera con el fin de, a partir de un diagnóstico más acorde de la situación presente, pensar respuestas más eficientes. Hay que dar nueva cuenta de esta violencia.

II

Anacronismos, muchos.

Lo primero que quisiéramos discutir en torno a la pregunta “¿Qué hacer con la violencia?”, es ni más ni menos que aquello que subyace a diagnósticos materializados en "mapas del delito", en dispositivos de guerra como el efímero muro levantado en San Isidro, en propuestas como la baja de la edad de imputabilidad... es que todos ellos son diagnósticos y acciones que no hacen más que testimoniar una necesidad imposible: la de darle a nuestra violencia una ubicación geográfica, subjetiva. Los medios masivos de comunicación son, en este sentido, grandes cartógrafos: quieren trazar un mapa, montar la escena, el tablero, dibujar los oponentes, hacer infografías... pero tal cosa es imposible.

Lo que separa a los medios de comunicación de lo que efectivamente sucede es, parafraseando a Ignacio Lewkowicz, todo lo que va desde pensar que la violencia contemporánea es algo que "aflora" desde un lugar a darse cuenta de que nuestra experiencia cotidiana ES en la violencia o ES la violencia. Violencia como medio, violencia como ambiente. Nuestra violencia no es una mancha negra en un líquido límpido, sino, más bien, una mancha en la mancha o una corriente de líquido límpido en el líquido límpido. "Lo que intento postular es una característica que singulariza nuestra violencia contemporánea: su carácter de condición generalizada de experiencia"¹.

Los noticieros, empero, insisten. Y al otro lado estamos nosotros, público fiel, tan temerosos y deseosos de poder, también, saber *quiénes son y de dónde vienen*. Ese tipo de informaciones se convierten en productos muy cotizados en el contexto que venimos describiendo: dan seguridad.

Stella Martini ha mostrado en sucesivos trabajos cómo es que las noticias en general, y las del género policial en particular, fundan su verosímil: repitiendo. Repitiendo una y otra vez, en largas "series", noticias del mismo tipo, en cuanto a su forma y contenido. El noticiero "América 24" es un ejemplo perfecto: cada semana puede ser el turno de los "motochorros", los que se bajan del tren o los "pungas bien vestidos". Los casos del mismo tipo, minúsculos si aparecieran aislados, se amontonan unos sobre otros.

Es como si los medios de comunicación prepararan semanalmente eso que se necesita: en medio del parto, alguna certeza. Todos sabemos cuan reparadora puede ser la repetición en un contexto de cambios profundos, cuanto podemos aferrarnos ciegamente a ella en el mar de la incomprensión. Y más aún en una época donde se nos han perdido tantos hábitos otrora sólidos, donde se han disuelto las comunidades sustanciales.

Es contra esa repetición que acicatean los medios que podemos leer, por ejemplo, la muestra "Potencial", de la fotógrafa argentina Ananké Asseff [ver anexo]. Qué tenemos en esas fotos sino violencia latente allí donde no la esperábamos. Armas en casas y en manos que no esperábamos. Contra los

¹ Lewkowicz, Ignacio: *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2008; pp. 68.

estigmas que se fundan en la repetición cotidiana Asseff lleva su cámara hasta lugares impensados, desmoronando todo “paradigma indiciario”, y cortando de cuajo el verosímil que instala la repetición. Asseff, parafraseando nuestra cita de apertura, *refuta, provoca*.

III

Un caso de violencia con sentido.

Aquello a lo que los medios aún no pueden hacerle frente –y nosotros tampoco- es al derrumbe definitivo de una serie de categorías político-sociales-culturales propias de una modernidad que parece sepultada. El malestar y la incertidumbre que provoca la incomprensión ante la violencia generalizada no tienen otro fondo. En todo caso, quizás pueda apuntarse aquí otra de las características del modo de ser de las multitudes contemporáneas: el salir al ruedo de la vida con ropajes rotos, el caminar a tientas a la luz de constelaciones conceptuales que caen, rompen y se deshacen.

La ausencia de un relato explicativo es aquello que nos produce más nostalgia. ¿Por qué? Porque desde un relato explicativo incluso la violencia más bestial y descontrolada puede ser explicada, puede ser aprehendida por nuestros conceptos y formas de pensamiento haciéndola inteligible para nosotros.

Pensemos, sino, en un cuento como “El niño proletario”, de Osvaldo Lamborghini. Hay allí una constelación que subyace al relato: burgueses, proletarios, Estado, instituciones de encierro, lucha de clases, resistencia... todo un denso entramado de significados que permite que esa violencia repuesta por Lamborghini, aún en toda su desmesura y terror, no pueda ser leída como algo “irracional” o “fuera de lugar”.

Es más, la propia apuesta literaria del escritor depende en buena medida de ese entramado. Si Lamborghini puede construir un relato que se opone a las típicas narraciones estatales de “caridad” o “compasión” es porque tanto él como el Estado *hablan de lo mismo*. Y porque están hablando de lo mismo es que Lamborghini puede contestar, hiperbolizar esa violencia ejercida sobre los

cuerpos que determina la dominación de una clase por sobre otras y que aquellas narraciones estatales pretenden escamotear.

IV

Seguimos a Lewkowicz. “Hoy no asistimos, entonces, a variaciones de grado, a incrementos de los índices de violencia, sino a un cambio sustancial en la naturaleza misma de la violencia. Nuestra violencia no es la misma, un tanto exagerada por las posibilidades técnicas y sociales. Es otra: es la violencia de instauración de otro modo de ser conjuntamente individuo y sociedad”². De esa nueva naturaleza es que hay que dar cuenta., para leer, quizás, cómo es ese nuevo modo de ser.

Estamos pensando en el medio del parto. En medio de discursos que perimen, que se agotan. Que pierden potencia explicadora, que ya no donan sentido. Hay una crisis –¿terminal?– del lazo social moderno. De esas ficciones discursivas que hacen que un conjunto de individuos constituyan una sociedad, y la sociedad los constituya como individuos. El lazo es la institución de una sociedad para los individuos, pero es también la institución del tipo de individuos pertinentes a esa sociedad, como bien sugiere Cornelius Castoriadis.

Digámoslo pronto: así como el discurso hace lazo que une, también puede desunir, deshacer. En este sentido, la avanzada neoliberal desde la década de 1970 en adelante, con la primacía de los intereses económicos por sobre los políticos, culturales y sociales, retira de circulación toda una serie de discursos que hacían lazo, modelando una realidad y un modo de relacionarse entre los seres humanos únicamente atravesados por la lógica económica. En términos de Lewkowicz: ajuste discursivo.

Esa avanzada, empero, no es meramente discursiva. También nos interesa pensar el ajuste material que esos discursos foguean –con toda su producción activa de más y más excluidos.

² Ib-ídem, página 57.

Una de las posibles traducciones de este ajuste material es el pasaje que va de una sociedad inclusiva a una exclusiva, de la sociedad del trabajo a las multitudes postfordistas. Va quedando sepultada aquella máxima, aquel secreto que expresó Michel Foucault para desmontar a las sociedades disciplinarias: “*A cada individuo un lugar, a cada lugar un individuo*”.

Ahora bien, “el marco social del trabajo y el medio de vida no es, sin embargo, lo único que se está desmoronando. Todo lo que le rodea parece encontrarse en un torbellino. (...) Los lazos comunitarios se hacen cada vez más prescindibles (...) las lealtades personales disminuyen su alcance a través del sucesivo debilitamiento de los lazos nacionales, los lazos regionales, los lazos comunitarios, los lazos con el vecindario, los lazos familiares y, finalmente, los lazos con una imagen coherente de la propia identidad”³.

Además del ajuste, la avanzada neoliberal también comprende un proceso de privatización: es el fin de los proyectos colectivos y el principio de la gestión privada de la vida y la propia trayectoria vital.

Del agotamiento de todos esos lazos la violencia generalizada es expresión. Pero también la incompreensión ante ella. De hecho, todas las categorías “que preconfiguran nuestra comprensión de la violencia social suponen actos capaces de instalarse en el seno de un discurso que les proporcione sentido, y al que a su vez proporcionan sentido. Pero nuestra violencia se compone más bien de arrebatos sin discurso. Para el punto de vista tradicional, estos actos carecen de justificación, razón o sentido discursivo”⁴.

Lo que hemos perdido es ese *seno*, todo ese entramado que donaba sentido, por ejemplo, a la violencia que descargan los niños burgueses sobre el niño proletario. Habrá que preguntarse si podría ser de otra manera: ¿podríamos hacer perfectamente inteligible para nosotros una violencia generalizada que es resultado y partera de un modo de ser que comienza a caducar y de otro que comienza a emerger? ¿No será esa violencia la expresión misma del choque entre esos modos de ser? En tal caso, será más fácil leer los embates contra eso que

³ Zygmunt Barman. “Rearraigar lo desarraigado” y “Tiempos de desvinculación”, en *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, páginas 57, 58 y 59.

⁴ Ignacio Lewkowicz. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2008; páginas 66 y 67.

estamos dejando de ser, que ver aquello que golpea. Más dificultad aún: no leer lo *nuevo* con categorías propias de lo *viejo*, como los medios masivos de comunicación bien saben hacer, sino con otras.

V

Alguien entró y desató su furia contra sus dos hijos Una ola demencial de violencia ha irrumpido en diferentes escuelas del país sin titubear *¿Cómo se para esta locura? Quien calificó el crimen como un "asesinato salvaje"* Acá no hubo robo, no había nada desordenado la irracionalidad, la barbarie, la muerte sin sentido *Entraron a la casa directamente a matarlos* estallido de furia irracional *¿dónde están?* sin vacilación y sin que mediara razón alguna crimen aberrante esclarecer el accionar de estas bestias otro asesinato inexplicable *de la manera más cruel* **“lo mataron como un animal. Lo mataron por matar”**, dijo la mujer le dispararon a quemarropa se mostró conmovido, triste y angustiado por este salvaje crimen tiraron a matar y murió instantáneamente ***Fue una muerte sin sentido, porque ni siquiera se llevaron la camioneta***

VI

Si aceptamos que estamos en presencia de una violencia alteradora, o más aún, que somos una *violencia alteradora*, habrá que pensar en toda una amplia gama de fenómenos que ya no pueden ser catalogados como elementos de una violencia de tipo *conservadora*. De hecho, si alguna certeza tenemos es que, por ejemplo, todo aquello que intentaba conservar el Estado en la sociedad del trabajo comienza a tener cada vez menos relevancia. No es eso lo que nos interesaría poder elucidar. El par Estado-Trabajo ya no puede explicarlo todo, y eso por la propia dinámica de la historia.

En un capitalismo “de consumo”, más que “de producción”, el mercado y el marketing se erigen como los nuevos dispositivos de control, que no apuntan, ya, a sellar al hombre como trabajador, sino más bien a *hacerlo* un consumidor: he aquí, y quedando a un lado el ciudadano nacional, el principal foco de las nuevas tecnologías de formateo de cuerpos y almas de la biopolítica. Aunque, claro, la categoría de “consumidor” es mucho más restricta y excluyente que la de “ciudadano nacional”, y en esta mutación del poder son grandes porcentajes de habitantes los que se ven sacrificados, condenados a quedar fuera de los nuevos modos de subjetivación.

Así, si Estado y “trabajador” no podían pensarse por separado, y tampoco pueden Mercado y “consumidor”, habrá que ver qué hacer para con esta nueva categoría, la de “excluido”: “demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro; el control no solo tendrá que enfrentarse con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de villas miserias y guetos”⁵. ¿Qué orden conservar allí?, ¿para qué ordenar esos cuerpos?, ¿quién?, ¿cómo?

Corramos nuestra perspectiva. Pensemos con el concepto de *violencia normalizadora o conservadora* arriba de la mesa, pero esta vez juguemos desde otro espacio: desde la violencia de los muchos. ¿Defiende algo esa violencia? ¿Puede pensarse que conserva algo esa violencia en esta época de desvinculación?

En su célebre *Costumbres en común*, E. P. Thompson no tiene dudas en caracterizar buena parte de las prácticas de las multitudes del siglo XVII-XVIII – los *plebeyos*– como prácticas de resistencia. Violencia conservadora, en el sentido más positivo y noble del término: violencia que es defensa de formas de vida asentadas hace ya mucho tiempo –no por casualidad se invoca la *costumbre*–, formas de vida que se resisten a ser licuadas por esa gran maquinaria que está en pleno proceso de asentamiento: el Estado moderno y capitalista que impulsan los *patricios*. “Así pues, gran parte de la historia social del siglo XVIII podemos leerla como una sucesión de enfrentamientos entre una

⁵ Giles Deleuze. “Posdata sobre las sociedades de control”, en Christian Ferrer (compilador): *El lenguaje libertario*. Buenos Aires, Editorial Terramar, 2005, páginas 119 y 120.

innovadora economía de mercado y la acostumbrada economía moral de la plebe”⁶.

Ayuda Thompson, pero por la negativa: calibrar un escenario de tal modo es lo que, al menos para nosotros, deviene imposible en la actualidad. Sin ese escenario, nos cuesta pensar en términos de una violencia *antiestatal*, de una violencia *resistente*... ¿será una violencia sin fines? ¿Una violencia sin reivindicaciones? Estarse en el medio del parto no es sólo desorientación conceptual o reflexiva, sino también política: nunca tan punzante la tesis nietzscheana: *cada uno es para sí mismo el más lejano*⁷.

A veces no sabemos hacer otra cosa que juntarnos a buscar *potencias*, como si nos reclamaran que las escuchemos, las palpemos... En *19/20. Variaciones sobre el fragmento. Versión 02*: “Las consignas [del 19 y 20 de diciembre de 2001] no sabían de anclaje referencial alguno. No se quiere decir con esto que no remitieran a un objeto, el cual les motivaba, sino que el mismo se componía de muchos objetos, estallando el régimen representacional de lo siempre ya idéntico”⁸. Leemos potencia en una violencia irrepresentable, que nunca llega a escriturar su *nosotros*, que nunca sale de la confusión y del borde de la disolución... ¿acéfalos los muchos?

VII

Si la violencia es la partera, si es el pasaje a otra sociedad: ¿cuál es nuestro nuevo orden social? Tratemos de pensar algunas tendencias.

Paolo Virno resume lo que mencionábamos más arriba respecto de la disolución de las comunidades sustanciales y la pérdida de un ethos sólido, fundante, que sirva de modelo de comportamiento, de la siguiente manera: “Hoy, cada impetuosa innovación no sacude formas de vida tradicionales y repetitivas,

⁶ E. P. Thompson. *Costumbres en común*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990, página 25.

⁷ *Ib-ídem*, página 22.

⁸ No damos cátedra: *19/20. Variaciones sobre el fragmento. Versión 02*. En <http://nodamoscatedra.blogspot.com>.

sino que interviene sobre individuos ya habituados a no tener mas costumbres y hábitos sólidos, acostumbrados a los cambios repentinos, expuestos a lo insólito y a lo imprevisto. Seres que día a día se tienen que enfrentar con una realidad en permanente cambio y renovación”⁹.

Un testimonio de esa sacudida puede leerse en la lenta caída de la cual son objeto ciertas categorías centrales del imaginario social. Significaciones centrales imaginarias como “Estado”, “Nación”, “Progreso”, “Trabajo” se diluyen, algunas más rápidamente que otras y se funden nuevamente en el magma. Si esto es así, ¿qué nuevas significaciones se están constituyendo? ¿Qué nueva subjetividad cristalizará? ¿Qué nueva noción de sociedad?

El Estado ha dejado de ser el formateador de los cuerpos por excelencia. En una sociedad de exclusión, parte de la población ni siquiera es objeto de la inscripción de la ley. Existe todo un nuevo sector social que no está controlado ni por el Estado, ni por el mercado, que resulta uno de los mecanismos de control predominantes en nuestra época. Sabiendo, como dice Roberto Esposito, que la única forma de combatir la violencia es duplicándola desde un polo que la concentre: ¿cual será la nueva autoridad que concentre esa violencia y funde un nuevo orden? ¿Será para todos una misma autoridad, una misma vertical? ¿O habrá diferentes economías de la violencia, incomprensibles las unas para las otras?

De todo ese grupo de interrogantes, tal vez pueda desprenderse una certeza: si la hipótesis de que todo pasaje a un nuevo modo de ser social es violento, se deduce que pretender erradicar esa *violencia generalizada*, se presenta, más que nada, como una necesidad imposible.

En medio de todo ese torbellino creemos, sin embargo, que hay algo que se puede hacer, ahora mismo: fundar nuevos modos de la *semejanza*. Si la violencia actual se comprende, en buena medida, por la pérdida del hecho de estar sometidos a la misma legalidad, como apunta Lewkowicz, de lo que se trata es de pensar, justamente, nuevos modos de esa *semejanza*.

⁹ Paolo Virno. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2003, página 22.

Esos modos no pueden ser, naturalmente, los del mercado y su política intrínsecamente excluyente. Tampoco la “ley”, al menos como la hemos entendido hasta ahora, como herramienta del Estado, siendo que éste ya no puede siquiera hacerla inscribir sobre cada uno.

Tal vez sea esa la tarea de cara al futuro: reencontrar la manera por la cual al ver al otro, nos veamos a nosotros mismos.

ANEXO FOTOGRÁFICO

Selección de “Potencial” (2005-2007) de Ananké Asseff. Disponible en <http://www.anankeasseff.com/potencial.html>



A. y A. (Potential)



C.(Potencial)



C.(Potential)

BIBLIOGRAFIA

Bauman, Zygmunt. “Rearraigar lo desarraigado” y “Tiempos de desvinculación”, en *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

Castoriadis, Cornelius. “Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social” en: *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Madrid, Gedisa.

Deleuze, Gilles: “Posdata sobre las sociedades de control”. En Ferrer, Christian (comp.): *El lenguaje libertario*. Buenos Aires, Editorial Terramar Ediciones, 2005.

Eagleton, Terry: “Preguntas y respuestas”. En *El sentido de la vida*. Barcelona, Editorial Paidós Ibérica, 2007.

Espósito, Roberto. “Introducción”, en: *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005.

Lamborghini, Osvaldo. “El niño proletario”, en: *Sobregondi retrocede*. Buenos Aires, Editorial Noé, 1973

Lewkowicz, Ignacio: *Pensar sin Estad. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2008.

Martini, Stella. “Notas para la epistemología de la noticia. El caso del género policial en los medios nacionales” en: *Boletín de la BBC n° 123*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2007.

Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral. Segunda parte*. Alianza Editorial, Madrid, 2008.

No damos cátedra. 19/20. *Variaciones sobre el fragmento. Versión 02*. En <http://nodamoscatedra.blogspot.com>.

Sibilia, Paula. *El Hombre Post Orgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Economía, 2009.

Thompson, Edward Palmer: *Costumbres en común*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

Virno, Paolo. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2003.